

Estilos de vida urbanos y suburbanos en la delegación Benito Juárez de la Ciudad de México

BRUNO CRUZ PETIT
UNIVERSIDAD MOTOLINÍA DEL PEDREGAL
cruzpetit@hotmail.com

PALABRAS CLAVE

Estilo de vida urbano y suburbano
Vivienda-gentrificación
Clase media
Diseño interior

KEYWORDS

Urban and suburban life style
Dwelling-gentrification
Middle class
Interior design

RESUMEN

Este ensayo es una reflexión sobre las relaciones entre casa y ciudad a partir de un estudio cualitativo sobre las actitudes y vivencias de los habitantes de la delegación Benito Juárez de la Ciudad de México en relación con sus espacios domésticos. En esta área marcada por su centralidad y buena comunicación con el resto de la ciudad, se señala la existencia de estilos de vida urbanos, en los que la casa es un punto de anclaje para una vida centrada en el exterior, contrapuestos a estilos de vida más suburbanos que, pese a las posibilidades que ofrece la ciudad en esta zona, se caracterizan por una percepción del exterior como una incomodidad de la que hay que defenderse. También se abordan cuestiones como la escasez de espacio en la remodelación de los interiores domésticos y las tendencias en el acomodo de dichos espacios, provocadas por los cambios en la vida cotidiana de las nuevas familias de clase media.

ABSTRACT

This is an exercise of reflection about the relationship between house and city based upon a qualitative research on how people from Benito Juárez (neighborhood in Mexico City) live their domestic spaces. In this central and well communicated area, there are urban lifestyles where the house is a point of departure for an outdoor-focused urban experience as opposed to the suburban lifestyle, which is notable for the city's perception as a threat. The paper also deals with the influence of the lack of space in the re-designing of domestic interiors and the trends in the refurbishment of such spaces which are caused by changes in middle class families and their everyday life.

Si comparamos la vida que tuvieron muchas de las familias que componen la clase media de esta ciudad de hace dos o tres generaciones con las actuales, sobresale un hecho que ya es un lugar común en los estudios urbanos cualitativos: nuestros antepasados hacían una vida en la que la ciudad era un espacio tan amigable como la casa. Es algo que contrasta con la vida cotidiana actual, que se desarrolla cada vez más en interiores domésticos, laborales, comerciales o de ocio, espacios que aparecen más sofisticados en su concepción y que surgen como respuesta a las dificultades que presentan los lugares públicos en grandes megalópolis como la Ciudad de México. Sin embargo, junto a este escenario se adivina otro que empieza a ganar terreno en nuestra época. Se trata del crecimiento de cierto orgullo por vivir en núcleos urbanos específicos. Frente a una vivencia de la ciudad como algo hostil se dibuja otra actitud que concibe la ciudad como ámbito de posibilidades. Esta dicotomía en las percepciones de la ciudad desde la privacidad doméstica de las personas puede expresarse como la presencia de dos estilos de vida que coexisten en algunas delegaciones centrales de la Ciudad de México como la delegación Benito Juárez (BJ): el estilo de vida suburbano y el urbano.

En el estilo de vida suburbano la casa unifamiliar propia se erige como la gran aspiración habitacional.¹ Algunas de las frases transcritas de entrevistas con usuarios de vivienda en la delegación BJ nos dan una idea de una actitud ciertamente muy típica en algunos sectores sociales (“siempre he tenido la fortuna de vivir en casa”). La preferencia por vivir en casa va unida, en muchos casos, a la de disfrutar de una calle cerrada, o alejada de la vida urbana (“me gusta el lugar porque parece que estás fuera de la ciudad”).

¹ La vivienda típicamente suburbana es la casa unifamiliar, sea en condominio horizontal, en una calle o como casa sola, independiente. Se contraponen a la vivienda urbana más común, multifamiliar, en condominio vertical, es decir, el departamento. Esta distinción nos resulta operativa en el presente análisis, pero no debe ocultar el hecho de que existen casas y modos de vida suburbanos en medio del tejido urbano central, sea en calles más apartadas, o en partes de la ciudad en las que la densificación aún no ha llegado.

Por otra lado, en la delegación Benito Juárez, con gran parte de su población viviendo en departamentos (Kunz, 2001), también es muy habitual encontrarse con un tipo de habitante que, consciente de las dificultades que supone vivir en una casa (económicas o por un largo desplazamiento diario hacia el lugar de trabajo), acepta el departamento como la mejor solución a las necesidades de vivienda. “El departamento realmente es un departamento muy cómodo, muy céntrico, todo me queda cerca, ya no utilizo tanto el automóvil, todo lo hago más a pie”, nos cuenta un profesionalista con altos ingresos. La vivienda es vivida, en el estilo urbano, como punto de anclaje para actividades desarrolladas en la ciudad, tanto profesionales como de ocio.

En estas páginas voy a tratar de contextualizar ambos modelos habitacionales, que son también modos de vida surgidos de unas condiciones urbanísticas, económicas, sociales y culturales históricamente dadas, las cuales conviene examinar detenidamente. El estudio de la relación vivienda-ciudad, vista en su aspecto conflictivo y complementario, nos va a permitir adentrarnos con mayor fundamento en el análisis de la vida cotidiana doméstica en una delegación en fase de transformación como es la Benito Juárez.

LO SUBURBANO Y EL REFUGIO DOMÉSTICO

Ya señaló Ph. Ariés que uno de los rasgos del nacimiento de la modernidad, en cuanto a la vida cotidiana, fue el fin de la casa como lugar público, es decir, la separación progresiva entre la esfera pública de la

ciudad y la esfera íntima de la casa (Ariés, 1987).² El retiro de la vida familiar a un interior cada vez más cuidado se vinculaba a un aumento del “sentimiento doméstico” (Shorter, 1977) y a un deseo de preservar la privacidad de la vida familiar; una vida ya no marcada por “la sociabilidad extendida”, típica de las sociedades antiguas o tradicionales, sino por una nueva “sociabilidad restringida”. La familia nuclear, que para E. Shorter es más un sentimiento que una estructura concreta, fue consagrada como la familia ideal por unos modelos habitacionales que llegarían a su formulación más acabada en el periodo victoriano, paradigma de la era burguesa. Este tipo de hogar ya respondía sólo a las necesidades de la familia, pues las tareas profesionales tenían lugar sobre todo en el exterior, en las fábricas que sustituían a los talleres artesanales domésticos, o en despachos y oficinas gubernamentales o particulares. En el interior doméstico burgués, el “confort” y lo “confortable” pasaron a ser las palabras mágicas. Designaron un bienestar físico que contribuye a una mayor sensación de intimidad, calidez y denotan la privacidad del espacio, pues el confort se logra con un cuidado escrupuloso sólo concebible en una casa donde tiene lugar una vida familiar y social acotada. Con el transcurso del tiempo, el mobiliario refinado, producido por una industria del lujo que se generó a partir del auge de los palacios del Renacimiento tardío y del Barroco, llegó a las clases medias, acomodado en salas y comedores, espacios que incluían todo un mundo de objetos destinado a la exhibición de estatus.³ El interior de inspi-

² Sobre este punto cabe destacar que Walter Benjamin relaciona, en su famosa obra. *El Libro de los pasajes* (iniciada en 1927 y nunca acabada), la llegada de la burguesía al poder en Francia (con la Monarquía de julio, instaurada tras la revolución de 1830) con la consolidación de los espacios cotidianos particulares, privados, concebidos como opuestos a los lugares de trabajo (la oficina y la fábrica). “El particular, que en la oficina lleva las cuentas de la realidad, exige del interior (doméstico) que le mantenga en sus ilusiones. Esta necesidad es tanto más urgente cuanto no piensa extender sus reflexiones mercantiles al campo de las reflexiones sociales. Al configurar su entorno privado, reprime ambas. De ahí surge la fantasmagoría del interior” (Benjamin, 2005: 43).

³ Reflejo sobre todo de una “ansiedad por el estatus”, como la descrita por A. de Bottom (2004). Este autor afirma que el desarrollo material de Occidente ha ido de la mano con un crecimiento de los niveles de ansiedad por el estatus entre los ciudadanos. Mientras la mayoría de las personas vivían en la pobreza y las oportunidades de ascenso social eran escasas, se aceptaba el orden dado y no existía la noción de fracaso. Los problemas de estatus llegaron cuando se difundió cierta igualdad de oportunidades, se estigmatizó la pobreza y creció la envidia y competencia entre personas que veían cómo algunos afortunados podían prosperar, algo ya señalado por Tocqueville, quien vio que los ciudadanos de EUA deseaban consumir cada vez más y carecían de la calma mental de la antigua aristocracia europea.

ración burguesa, derivado del aristocrático, encontró así su “ethos” en la acumulación de objetos. Y sin embargo, en ese barroquismo se intuye una incipiente voluntad de racionalización, de practicidad, orden y cálculo, valores que sólo encontrarán su plena expresión en el siglo XX, cuando emerge la clase media urbana como grupo social importante, aunque el modelo de vivienda victoriano, ahora ya sin reminiscencias cortesanas, seguirá siendo la base de la representación social de la casa ideal en el imaginario colectivo. La casa burguesa inspira *grosso modo* la casa unifamiliar de los suburbios que se erigen como solución a los males de la ciudad industrial y que van apareciendo en todas las ciudades europeas, norteamericanas y latinoamericanas. Se configura así lo que ha venido a llamarse un estilo de vida suburbano.

Efectivamente, en un primer periodo de expansión de las periferias residenciales, los primeros sociólogos que se fijaron en el hábitat suburbano describieron algunos de sus rasgos como “pequeño-burgueses”. En realidad, la misma esencia del habitar suburbano es de origen burgués: refleja la vivencia de la casa como casa-refugio, frente a una ciudad que, desde de la Revolución Industrial, inicia un periodo de crisis y es vivida como agresión. En palabras de G. Almade: “la oposición entre el mundo interior y exterior da sentido al alojamiento”, palabras citadas por H. Lefebvre, el teórico que realizó un análisis magistral del “pabellón”⁴ (Lefebvre, 1975), el modo de vida que ya en los años sesenta se presentaba como la aspiración habitacional de la mayoría de franceses (80%). En el relato lefebvrino sobre “hombre de *pavillon*” se filtra un cierto desdén por un tipo de clase media aspiracional, percibida como ridícula en sus pretensiones de estatus, similar al de Wright Mills cuando describe a este sector social “antirrevolucionario” (no previsto por el marxismo) como fragmentado, apático, enajenado por el consumo, esclavo de sus pequeñas ganancias y temeroso de lo que pueda perder (Wright, 1968: 2-6); o parecido a la crítica demoledora de G. Careaga a una clase caracterizada por la mezquindad y el

egoísmo, sumergida en un mundo de mistificaciones y de sentimentalismo (Careaga, 2002).

Si bien dicho desdén es cuestionable, podemos admitir que en la vivienda unifamiliar, en efecto, el hombre moderno recrea, de modo “sentimental”, toda una tradición habitacional que se va perdiendo a medida que crecen y se densifican las ciudades a base de viviendas multifamiliares. En sus espacios se dan las condiciones para “habitar de un modo poético”, recreando una existencia con arraigo y sentido, un cuidado por el “ser” a partir de la conciencia de que siempre estamos “ahí”, en un lugar. Es un “habitar” refinado que puede generar incluso un discurso similar al de la *Poética del espacio* de Bachelard y que permite evocaciones, más sugeridas que reales, de las casas patriarcales, del pasado, la casa solariega, la hacienda, el palacete (Bachelard, 1997). Nos dice Lefebvre (1975: 166-169) que la casa sola o en condominio horizontal se presta a una apropiación del espacio y del tiempo que ya no es posible en la ciudad. La ciudad antigua, con su “escala humana”, permitía una apropiación espontánea. Educaba y refinaba los sentidos ofreciendo un entorno visual, auditivo y olfativo interesante. Al desaparecer ese entorno, debido al crecimiento desmesurado de las megaciudades, la casa pasa a cumplir dichas funciones. Todo lo que ya no se encuentra en los cada vez más frecuentes “no-lugares” urbanos, se encuentra en la casa: un sistema de significaciones, semiológico (objetos significantes) y semántico (un discurso sobre los objetos) que da sentido al espacio. Cada elemento decorativo (la cortina, la alfombra, las flores) remite a otro. El significado último es una felicidad espacial ya imposible de encontrar en la ciudad. El *pavillon* lefebvrino, por su amplitud, permite modificaciones y adecuaciones a gustos que se viven como personales, pero que reflejan cándidamente la moda del momento. De ahí que la aseveración “toda apropiación es social” sea aquí tan pertinente, aunque suene a muchos oídos actuales a sociologismo trasnochado. Para Lefebvre (1975: 171), la apropiación permite transitar del “espacio geométrico” (aséptico, abstracto, cuantitativo) al “espacio social” (afectivo, vivido, cualitativo). Constituye uno de los rasgos de la casa unifamiliar de su época, junto a

la integración en ella de la tecnología doméstica desarrollada desde la invención de la electricidad. El deseo de personalización (en realidad búsqueda de estatus) se une así, en la vivienda horizontal, a las ventajas de la vida social organizada (la tecnología).

ESTILO DE VIDA URBANO COMO FENÓMENO SOCIOECONÓMICO

Dentro del crecimiento de las ciudades, el fenómeno de la casa suburbana tuvo su continuidad mientras surgía otro: el de las unidades habitacionales. El paisaje de los barrios de bloques verticales, con su orden rígido, seriado y pesado, se extendió en claro contraste con el paisaje de las colonias de casas. Lo funcional es ahí dominante, frente al microcosmos utópico que es la casa unifamiliar. Pero, pese a que no hay espacio para grandes modificaciones ni adecuaciones estilísticas, creo que sí existe un importante proceso de apropiación por parte de los habitantes de este tipo de viviendas (algo que pone en duda Lefebvre), aunque se lleva a cabo en un registro más modesto. No hay decoración al interior de cada departamento exactamente igual a otra, pues la personalización puede consistir en el más mínimo detalle. La apropiación general del lugar que encontramos es dada por múltiples razones, no siempre explícitas: por ejemplo, por el acceso a la propiedad o a la renta de una vivienda en mejores condiciones que las precarias viviendas informales de las que proceden las familias ahí instaladas. Para muchos, el departamento representa algo tan simple, pero no por ello menos trascendente, como es un medio por el cual se consigue vivir en un espacio propio, en una ciudad que ofrece oportunidades de trabajo y estudio.

En el último tercio del siglo XX la ideología suburbana fue cediendo paso a una ideología urbana. En 1961, Jane Jacobs criticó el modelo de ciudad extendida predicado por Le Corbusier o F. Loyd Wright, sin calles y con segregaciones de funciones (residencial, comercial, laboral). Defendió la antigua metrópolis densa y la vida pública frente a los modelos “privatizadores” del espacio público. La red de interconexiones de los antiguos vecindarios fue vista con nostalgia por la periodista, socióloga y economista norteamericana, como una forma de calidad de vida ya perdida en la anomia de los suburbios (Jacobs, 1973). Por su parte,

⁴ Del francés *pavillon*, casa unifamiliar. En la traducción de J. González Pueyo del original de Lefebvre (*Du rural a l'urbain*, 1970), se prefirió usar el galicismo “pabellón”.

Aldo Rossi (1993), influido por Halbwachs, escribió en 1966 sobre el carácter de la ciudad, el elemento que da identidad a sus habitantes y los integra en una comunidad necesaria para no perder la condición de seres sociales de las personas. A partir de él, se empieza claramente a ver la función social de la ciudad tradicional, su inestimable contribución a la creación de “ciudadanía” en el sentido clásico de la palabra.⁵ “Donde no hay densidad emergen los mitos” dirá en fechas recientes Ole Bouman (2007: 32). La verdad, para este autor, necesita contacto y diálogo, algo sólo posible en poblaciones heredadas de la *civitas* romana. Otro tipo de críticas a la construcción dispersa, desde la ecología, se centrará en su falta de sostenibilidad. El modelo urbano en *sprawl* es visto como destructor de zonas verdes y derrochador de energía; por el contrario, la ciudad compacta se presenta como más eficaz en el uso de energía, puesto que la colectiviza (transporte público, iluminación, etcétera). Finalmente, otro conjunto de críticas señala la necesidad de fortalecer el mercado de la vivienda urbana para satisfacer una demanda creciente de viviendas pequeñas y funcionales. La familia nuclear de antaño se convierte en una forma más de grupo doméstico, que convive con otras: grupos domésticos, formados por estudiantes y amigos; hogares unipersonales, muchos de ellos productos de separaciones, divorcios, habitados por viudas, viudos (al alargarse la esperanza de vida este grupo se hace más numeroso), o solteros y solteras que retrasan



Figura 1. Interior casa adosada. Fuente: <http://www.habitacalia.com>, consultado el 10/11/11.

la edad de matrimonio y que se dedican a una vida más enfocada a lo laboral que a lo familiar. Por todo ello, ante los nuevos desafíos ambientales y sociales, lo vertical es señalado como preferible a lo horizontal.

Es así como, a partir de los años ochenta, Nueva York, tras una década de crisis y reconversión, se convierte en el paradigma de un estilo urbano “chic”. En la Gran Manzana había empezado una moda, muy minoritaria, que ha tenido consecuencias abrumadoras para todos los centros urbanos del mundo. Ésta consistió en la llegada de artistas con poco dinero y mucha imaginación a zonas degradadas de la ciudad (barrios afectados por la desindustrialización, zonas de almacenes o colonias abandonadas por la clase media), para instalarse en *lofts* improvisados. Este movimiento será imitado posteriormente por profesionistas en búsqueda de metros cuadrados en zonas cercanas a los polos de empleo que el sector de servicios ofrece en la ciudad, y por poderosas empresas inmobiliarias que visualizan grandes plusvalías a largo plazo.⁶ Sin duda, la estrategia empresarial contempla la eventual rehabilitación de dichas zonas por parte del sector público (en menor medida en América Latina que en Europa o EUA) y el abandono de los habitantes de bajos ingresos que viven allí; éstos, al no poder asumir el costo de la vivienda nueva o rehabilitada, son desplazados a zonas sin tanto atractivo. “Gentrificación” es el término acuñado por los teóricos para referirse a este fenómeno (Glass, 1964; Pacione, 1990). Algunos de los expertos ponen

énfasis en el análisis del movimiento de la oferta de vivienda para explicarlo, otros en las fluctuaciones de la demanda. Ambas aproximaciones nos parecen interesantes para entender la posible gentrificación de las delegaciones centrales de la Ciudad de México. El primer enfoque nos dice que para que una zona sea “gentrificable” y permita la máxima “diferencia potencial de renta”, los interesados procuran incentivar una fase de descapitalización de la misma, tanto pública como privada. Así se explica en parte el desplazamiento del capital inmobiliario hacia los suburbios desde los años cincuenta del siglo pasado, con la consecuente desvalorización de las zonas centrales de la ciudad. Estos movimientos suelen aprovechar las tendencias sociodemográficas y económicas de la ciudad. Es el caso de las colonias céntricas con fuerte presencia de industria. Allí, la creación de polígonos industriales en el perímetro de la ciudad y la posibilidad de acceder a la propiedad de una vivienda en las unidades habitacionales obreras por parte de las familias, dio lugar al despoblamiento y, en algunos casos, a la marginalización, haciéndolas atractivas para los buscadores de plusvalías. En muchos casos la desinversión privada es acompañada por un estancamiento en la inversión pública, que se desplaza hacia zonas nuevas receptoras de población. También hay, pues, un fondo estructural propicio a las estrategias de gentrificación, que provoca cambios en la demanda igualmente importantes para entender el fenómeno. En una etapa de modificaciones en la estructura productiva y laboral del capitalismo, caracterizada por el uso intensivo de capital humano y conocimiento en el sector servicios, los trabajadores de “cuello blanco” se convierten en clientes de vivienda céntrica de alto nivel. En el segundo enfoque analítico, más atento a este tipo de cambios, la oferta no hace sino seguir a la demanda.

⁵ La ciudad tradicional, en la medida en que crea espacios públicos, de convivencia, que son espacios de lo heterogéneo (personas de edades y ocupaciones distintas), de diálogo y de goce igualitario de derechos (al ocio, al paisaje urbano de calidad, a la circulación), ha sido un dispositivo clave a la hora de crear ciudadanía. Por el contrario, según Borja y Castells (1999: 83), el proceso de suburbanización ha afectado negativamente, por ejemplo a las actividades de las mujeres, ya que éstas, en los modelos de familia tradicional, se ven obligadas a compatibilizar tareas distintas (domésticas, llevar a los niños al colegio, comprar, etcétera) en distintos puntos del espacio urbano. Los procesos de suburbanización, al separar los equipamientos urbanos de lugares de trabajo y residenciales, han dificultado la articulación espacio-temporal de dichas funciones en la vida cotidiana de las mujeres.

⁶ Y que ven que la “brecha de renta” (*rent gap*) entre el pasado, el presente y futuro de la zona configura un valle en la curva de valor que ofrece enorme potencial de beneficio (Smith, 1979: 538-548). En la etapa depresiva de dicha gráfica se constata una pérdida de población, envejecimiento de la misma o deterioro físico de los inmuebles.

Veamos en qué medida las delegaciones centrales de la Ciudad de México tuvieron un comportamiento acorde con el modelo de gentrificación. Un primer dato avala la hipótesis afirmativa sobre la existencia de procesos similares a los descritos. Desde la década de los setenta hasta el 2000 se registra en las delegaciones centrales una pérdida de 1 162 de habitantes, según datos del Programa General de Desarrollo Urbano (PGDU). Asimismo el parque habitacional descendió entre 1990 y el 2000 en 19 501 unidades. La población de la delegación Benito Juárez, en 1990, era de 407 000 habitantes. En el 2005 fue de 359 000. La contracción del mercado inmobiliario coincidió con una fase de estancamiento económico y terciarización incompleta de la zona. Las políticas de construcción de vivienda de interés social ya no la contemplaron del mismo modo que en décadas anteriores (recordemos la construcción del complejo Miguel Alemán en 1949) y los edificios nuevos ofrecían un espacio reducido, poco atractivo para la clase media alta, atraída por las zonas suburbanas del DF. Éste es el panorama que quiso revertir el famoso Bando 2, el marco legal promulgado en diciembre del año 2000 por el GDF con la intención de densificar y repoblar las delegaciones centrales de la ciudad. Esta legislación, apoyada por el Programa General de Desarrollo Urbano en el 2003, permitió dar licencias de construcción para edificios más elevados y generó una oferta de vivienda de alto costo para familias de altos ingresos.⁷

Lo anterior permite afirmar que esta zona ha vivido, en los primeros años de crecimiento económico de este siglo, un proceso que

podría ser descrito como una “gentrificación parcial” o “gentrificación sin expulsión” (Sabatini *et al.*, 2009), pues no todas las colonias han sido repobladas por habitantes de ingresos altos, no todos los nuevos desarrollos han tenido una respuesta positiva por parte del mercado y muchos residentes de bajos ingresos llegan a permanecer en sus viviendas (sobre todo cuando son propietarios). A grandes rasgos, sí podemos decir que existe un regreso a la ciudad como valor social y que dicho regreso contiene su propia dinámica de inclusión y exclusión.

En la delegación Benito Juárez no era extraño ubicar trayectorias espaciales de matrimonios jóvenes que empezaban viviendo en un condominio vertical y se trasladaban a uno horizontal cuando su situación laboral mejoraba. Estas trayectorias son cada vez menos comunes, por el aumento del precio del suelo y por la demolición de casas en una delegación que ya dejó de ser puramente residencial, para convertirse en una zona tanto residencial como comercial y de oficinas. Las mismas casas unifamiliares existentes han ido perdiendo poco a poco el carácter suburbano que habían tenido en sus inicios y se van confundiendo e integrando en un territorio de edificios, marcado por la centralidad (con una población flotante en aumento, que se sitúa en torno a los dos millones de individuos) y la polivalencia. Estamos ante una expansión del “estilo de vida urbano” en colonias que habían sido suburbanas.

EL INTERIOR EN EL ESTILO DE VIDA URBANO

¿Cómo es dicho estilo de vida? ¿Podemos dibujar algunos parámetros unificadores del estilo de vida urbano como lo hizo Lefebvre para describir el “hombre de *pavillon*” suburbano? Como se ha dicho, en el estilo urbano la vivienda no se concibe como oposición a la ciudad sino como complemento. Los atributos de valor de la vivienda no están sólo en su interior, sino también en el exterior. La cercanía a distintos equipamientos urbanos (medios de transporte y vías de comunicación, centros de ocio, tiendas, parques, etcétera) y su ubicación en una colonia con prestigio es un valor añadido del departamento equiparable a su nivel de seguridad o estado de conservación. En otras palabras, el habitante de departamento consume “ubicación”, al mis-

mo tiempo que consume metros cuadrados. Es un consumo que está en la esfera del consumo de signos dados por la ideología urbana y que funciona como discriminador social (a mejor ubicación, más estatus) en una ciudad donde la colonia y la delegación es un indicador bastante fiel del nivel de vida. La novedad más palpable de ello es el prestigio que han adquirido ciertas zonas debido principalmente a su centralidad o al estilo de vida asociado a ellas. Ya son frecuentes elecciones residenciales que no toman tan en cuenta la cercanía a las viviendas de los familiares, como ocurría tradicionalmente, por mencionar sólo una de las variables que influyen en este tipo de decisiones. La ubicación ideal permite al “urbanita” ahorrar en “tiempo constreñido”, término lefebvriano que indica un tiempo distinto al del trabajo y al del ocio, y que se refiere al tiempo invertido en desplazamientos obligados fuera del horario laboral (recorrido al lugar de trabajo, a las escuelas, tiendas o trámites). Se desea ahorrar tiempo porque la disponibilidad de tiempo y de espacio, es, en el mundo urbano de la nueva clase media, la medida de la riqueza. Sabemos que cuanto mayor es la escasez de algo, mayor es su valor y más poder de diferenciación social contiene. Los objetos ya no cumplen eficazmente dicha función, puesto que, aunque existen muchos niveles de consumo, en general, son producidos de manera eficaz y barata, y su adquisición está muy democratizada. En la ciudad actual lo escaso es el espacio y el tiempo; en la ciudad densa, sobre todo el espacio y en la ciudad dispersa, el tiempo (invertido en tiempo para desplazarse). La aspiración de la nueva clase media ya no es el acceso a cualquier forma de consumo (y se desprende así progresivamente del fetichismo del objeto que la aprisionaba en épocas anteriores), sino el acceso a las riquezas de tipo espacio-temporal encarnadas en el hábitat. Por consiguiente, es en el hábitat donde se produce una discriminación creciente, como se aprecia en el fenómeno de la gentrificación. En síntesis, el hábitat cumple una función discriminante inversa a la función homogeneizadora del objeto.

Si vemos la ciudad como un campo de elecciones espaciales y temporales, el estilo de vida urbano es aquél que sacrifica espacio (posible en la vivienda suburbana) por tiempo. Asume la escasez de espacio como

⁷ En trabajos publicados en colaboración con los organismos oficiales de vivienda (Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda-Instituto de Vivienda del DF) se reconocen efectos de este tipo; se habla de “precios competitivos” y se señalan ventajas para la población existente que ve aumentar el valor de sus propiedades. El alza de 100% en el costo del suelo, “sin duda frenará la entrada de los grupos económicos con poder adquisitivo bajo, pero proporcionará a los habitantes de la zona una certeza por lo menos económica, al hacer los precios del suelo competitivos, por lo que sus propiedades tendrán un alto valor económico, incluso cuando ellos quisieran venderlo” (Tamayo, 2007: 327).



Figura 2. Vista de la delegación Benito Juárez. Fuente: <http://www.eluniversaldf.mx/benitojuarez/nota19993.html>, consultado 10/11/11.



Figura 3. Interior departamento en la delegación Benito Juárez. Fuente: <http://casas.mitula.mx/casas/departamentos-delegacion-c3%b3n-benito-juarez> consultado 10/11/11.

algo consustancial a la ciudad y acomoda la vida a este hecho. Veamos cómo se adapta el interior doméstico a la realidad urbana descrita. En entrevistas realizadas a usuarios de vivienda de la delegación Benito Juárez salen a relucir numerosas prácticas que confirman algunas tendencias habitacionales similares a las de otras ciudades globales. Una de ellas es la transformación de los estilos decorativos al interior de los hogares. El estilo clásico, producto cultural “legítimo” muy socorrido en el pasado por las clases medias, quizás debido a un *habitus* determinado por su falta de seguridad (Bourdieu, 2002: 347), da paso, entre las generaciones más jóvenes, al “estilo moderno”, “contemporáneo” o “minimalista”.

Son ya muy comunes los muebles ligeros con una presencia menos abrumadora que los muebles antiguos. Son muebles funcionales, flexibles, polivalentes y fáciles de limpiar, que están ligados a una vida moderna centrada más en el trabajo que en la casa. De las entrevistas con usuarios de vivienda se desprende que son los preferidos por las mujeres que trabajan fuera de la vivienda. La acumulación barroca de cosas y el exceso de simbolismos sobrepuestos tan tradicionales en los hogares mexicanos, es descartada en muchos hogares que se quieren distinguir más por la calidad que por la cantidad. Los mismos colores de moda (blancos, beige, crudo) buscan evitar la saturación del espacio disponible. Por consiguiente, no parece disparatado, a la luz de los datos cualitativos obtenidos, establecer una relación entre el fenómeno del nuevo diseño “moderno” y la nueva situación de la clase media. Ante una disminución del espacio real que se tiene (metros cuadrados y cúbicos) el diseño lo maximiza, ganando en funcionalidad y con una estética ligera.

Ciertamente, el fenómeno del diseño contemporáneo se vincula a estilos de vida más casuales, juveniles, ecológicos, distendidos y espontáneos. Pero también se trata de una manera de hacer de la necesidad virtud, como describe Bourdieu para el *habitus* del consumo de las clases populares de su época (Bourdieu, 2002: 132). La difusión del diseño moderno en la clase media puede entenderse como un reflejo de la precarización en su disponibilidad de espacio. Al igual que el de la especulación inmobiliaria, la modernización en el mueble es un fenómeno que muestra una clara similitud con otros países, donde también la clase media, a la vez que ha crecido en número, tiende a ver estancado o disminuido su nivel de vida en cuanto a posesión de espacio doméstico, no así su nivel de formación ni las posibilidades que le ofrece la ciudad.

Se produce así un mecanismo compensatorio. En personas provenientes de la clase media-alta con buen nivel educativo, se tiende a compensar la pérdida de espacio dada por el contexto económico, urbano y demográfico con una maximización de los recursos por medio de una ostentación del “capital cultural” (diseños novedosos, piezas de colección, etcétera). Aunque en el campo de la vivienda, el “capital económico” es, en términos bourdieuanos, totalmente enclasante⁸ (pues determina el tamaño y la ubicación de la vivienda), sí está en juego, en dicho campo, el uso de cierto capital cultural, y es ahí donde la clase media puede acceder a cierta notoriedad, maximizando

su presupuesto con productos con alto valor añadido, en lo cultural y simbólico (cuadros, remodelaciones cuidadas). Las estrategias decorativas son distintas de acuerdo al *habitus* de cada subclase, pero en general se busca obtener, mediante un cálculo eficiente, un interior que refleje una posición socioeconómica, incluso por encima de la real.

Más allá del tema del estilo decorativo, las nuevas tendencias en las remodelaciones y el ornato van también de la mano de los cambios en los usos de los espacios interiores habitacionales. Se constata, de entrada, un declive de los espacios de convivencia “ritualizada” como son la sala y el comedor. En los nuevos desarrollos no es raro encontrar salas unidas a comedores (“hoy día te dicen espacio sala-comedor, así te la venden y a nadie le extraña”, nos cuenta una diseñadora-empresaria). En la pérdida de jerarquía de dichos espacios “tradicionales” encontramos cómo el fenómeno estructural (escasez de espacio) es reforzado por el cultural, ya que también se observa un uso cada vez más esporádico de las mismas. “Ahí está (la sala) como de adorno, cuando llega a ir alguien entonces ahí estamos, fines de semana, normalmente o reuniones”, nos comenta una profesora universitaria. “Tengo una cocina que le cabe un antecomedor, cosa que muchos departamentos ya no. Eso a mí me gusta mucho, entonces, nosotros ahí comemos, desayunamos. Casi no utilizamos la parte de lo que es realmente el comedor”, señala una ingeniera informática. Ambos espacios,

⁸ Enclasante es un neologismo con el que se ha traducido el término *classante* (Bourdieu, 2002: 492), ya usual en el vocabulario sociológico, que en el escritor francés tiene un papel importante porque relaciona la estructura objetiva del espacio social con la estructura subjetiva dada por la percepción y las estrategias de distinción de los actores.

Figura 4. *Walk-in closet* contemporáneo. Fuente: <http://www.closets-organizers.net>, consultado en 1/12/12.



sala y comedor, tienden a convertirse en lugares de “ostentación”, usados puntualmente, concesiones a la nostalgia por el pasado. Cuando el departamento no es muy grande, hay una única sala que funciona como espacio polivalente: cuarto de convivencia de toda la familia, donde los niños tienen gran protagonismo y se benefician de una relación más horizontal con los progenitores que la existente en la antigua familia patriarcal. Los mismos *lofts* para familias, poco atentos a la privacidad de las actividades, contemplan unas convivencias y proximidades afectivas y espaciales ya posibles en el actual modelo de “familia distendida”, que es más flexible en sus normas de convivencia.

Este tipo de familia es el que ha dado lugar a espacios como la cocina abierta, nueva conjunción de los intereses de la oferta (ahorro de espacio) y de la demanda (posibilidad de cocinar al mismo tiempo que se convive o se come). Ahí cabe preguntarse, como hacen varios arquitectos y diseñadores, si la demanda no es en realidad una demanda inducida por una moda que esconde un retroceso en la calidad real de vida (“es que la barra de picar se convirtió en desayunoador porque ya no tenemos espacio. Entonces te vendo la idea de que es muy moderno”). También la moda de los grandes vestidores y la obsesión por guardar objetos es producto de una maximización del espacio disponible. Además de que la exhibición de estatus, en la vida urbana actual como en la del pasado, pasa por el juego de las apariencias en los espacios públicos. De ahí que variar de vestuario sea una prioridad absoluta, y que los interiores se adapten a dicha exigencia con amplios *closets*.

Otra prioridad típica de nuestros tiempos, es la presencia de un estudio en el que

se puedan realizar tareas profesionales. La actual facilidad de comunicación dada por las nuevas tecnologías, posibilita que muchas personas puedan realizar su actividad profesional (o educativa) en la casa.

En general se observa, tanto en el estilo de vida urbano como en el suburbano, que la “sociabilidad ritualizada” tradicional (de origen aristocrático-burgués, encarnada en la sala y el comedor) da paso a una “sociabilidad espontánea”, entendida ésta como un “estar juntos” haciendo otras cosas: viendo la TV, cocinando, chateando en la computadora. Se trata de una convivencia no planificada de antemano, sino que surge espontáneamente del cruce de actividades similares o compatibles en los mismos espacios.⁹ Por ello, los lugares más “modernos” de la casa son los que propician la sociabilidad espontánea, como la cocina, el desayunoador, el *family room*, donde tienen cabida una diversidad de actividades, y donde la familia se visualiza a sí misma.

No es casual que el tipo de sociabilidad espontánea se dé en la “vivienda distendida”, un hábitat usado con una flexibilidad enorme, adaptado a las exigencias laborales y de ocio actuales (con cuartos dedicados a los juegos tecnológicos) y creador de mecanismos que alivian las tensiones que afectan a las relaciones intrafamiliares. Básicamente entendemos que dichas tensiones son producidas por la doble necesidad de ser uno mismo en un territorio propio y ser parte de una comunidad que proporcione

⁹ Además de ser, como nos dicen Eleb-Vidal, Chatelet y Mandoul, una sociabilidad consensuada: “la comunidad familiar permanece como una realidad, pero una realidad compuesta de instantes escogidos y ya no tanto una cotidianeidad impuesta” (Eleb-Vidal, 1990: 110).

afecto y compañía. Efectivamente, si la vivienda da identidad a las familias, también contribuye a reforzar la individualidad de sus ocupantes mediante varios dispositivos relacionados con su privacidad. Esta doble función, dar cohesión al grupo doméstico y permitir la individualidad, puede llevarse a cabo con cierto conflicto, con disputas territoriales entre los miembros de la pareja, entre padres e hijos y entre hermanos. Las recámaras de los hijos, por ejemplo, encarnan el “principio educativo del aprendizaje de la autonomía por medio de la posesión de un espacio” (Singly, 1998: 100); camino lento en el que los padres progresivamente van otorgando independencia a los hijos, sin dejar de ejercer cierto control; por ejemplo, mediante la inspección de las recámaras. Hay ahí una tensión lógica entre la autonomía como objetivo y la intervención parental como medio para crear las condiciones de dicha autonomía, que se va resolviendo en la cotidianidad de las familias de modos variados.

Respecto a la privacidad, no existen diferencias claras entre los estilos de vida urbano y suburbano, pues la variable importante es aquí la disponibilidad de cuartos, es decir, el tamaño del hogar, sea éste casa-habitación o departamento. A pesar de ello, si admitimos que simbólicamente la casa unifamiliar (el mismo nombre refuerza la idea) proyecta de manera más eficaz la unidad de la familia, destacándose visualmente en el entorno, podemos pensar que el departamento está vinculado a un mayor individualismo. Esta hipótesis se confirma cuando se dan otras circunstancias; por ejemplo, sabemos que los departamentos céntricos son habitados mayormente en régimen de renta, y las casas suburbanas en propiedad. Los primeros son vividos como espacios más provisionales (más aptos para solteros) que los segundos (más acordes para las familias) y dan lugar a una actitud ambiental distinta. Se colocan allí muebles que puedan usarse en otros departamentos, o sean desechables cuando se cambie de residencia. En cambio, la vivienda comprada, más definitiva, propicia la compra de muebles que cumplan no sólo con las necesidades presentes, sino las futuras.

La vivienda urbana más común en las delegaciones centrales, el departamento, se adapta además a múltiples formas de convivencia familiar, a varios tipos de gru-

pos domésticos con grados de proximidad distintos. Los numerosos departamentos en renta son espacios ideales como residencias transitorias y hogares compartidos. En estos casos, la habitación propia es esencial. De algún modo, podríamos ver al cuarto individual como la última etapa de una historia de "individualismo espacial" que se ha ido desarrollando desde el surgimiento de la modernidad y que ha tenido como etapas fundamentales fenómenos como la aparición de la casa burguesa y la extensión de la privacidad e intimidad al interior de la vivienda, paralela a la especialización de los espacios interiores domésticos. Los estudios cuantitativos habitacionales en México nos hablan de un descenso pronunciado del hacinamiento y de una reducción del número de personas por departamento. Como parte y culminación de esta tendencia podrían incluirse los llamados "hogares unipersonales", cuyo incremento, lento pero constante, es señalado por todas las estadísticas.¹⁰ Un informe del INEGI señala como posibles causas generales de este fenómeno, el aumento de población en edad de formar hogares, la disolución de uniones conyugales, la viudez y la migración en busca de empleo en otro país (INEGI, 2003), siendo muy difícil aislar las causas para cada tipo de hogar unipersonal porque tanto a nivel de edad, como de ocupación, están mezcladas en las estadísticas de clases sociales muy diversas. A grandes rasgos, no se percibe una correlación entre los hogares unipersonales y un aumento del nivel de vida, más bien son los factores de envejecimiento de la población, retraso o ausencia de matrimonio y separaciones conyugales, los determinantes, aunque en este último caso los ingresos sí son un factor a tener en cuenta para el segmento de clases medias, pues aparece como una variable que de algún modo refleja un aumento de las posibilidades para decidir el modo de vida.

El trabajo de campo en la delegación Benito Juárez confirma las teorías que ha-

blan de una reflexividad cada vez mayor de los sujetos sobre sus prácticas espaciales y la significación de las mismas. Es una reflexividad que da lugar a un panorama muy heterogéneo, en el que los estilos de vida urbanos pueden ser transversales a varias clases sociales, y funcionan como elecciones personales, si acaso, condicionadas por las biografías espaciales de cada persona o su cultura familiar. Sin embargo, la realidad que hemos observado no encaja con algunas de las teorías de algunos autores que exageran la capacidad de los individuos en la conformación de sus biografías. Las limitantes espaciales están allí y el despliegue de los estilos de vida tiene de fondo un marco socioeconómico que enmarca y constriñe las elecciones concretas. En este sentido, creo que hay que manejar con cierta cautela el concepto de estilo de vida como noción que supera la barrera cultural tradicional de las clases. Se trata de un concepto que puede comportarse como una "representación colectiva" en sí mismo, un discurso dominante que alienta al consumo, pero que esconde la realidad, el poder enclasante de ciertos parámetros del habitar como son la posesión y la ubicación del espacio en la ciudad.

FUENTES DE CONSULTA

Ariés, Ph. y G. Duby (1987). *Historia de la vida privada*. México: Taurus.

Bachelard, G. (1997). *Poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

Borja, J. y M. Castells (1999). *Local y global, la gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.

Bottom, A. de (2004). *Status Anxiety*. Londres: Penguin Books.

Bourdieu, P. (2002). *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*. México: Taurus.

Bouman, O. (2007). "Verdad o suburbanización", en *Arquitectura viva* (112), Madrid.

Careaga, G. (2002). *Mitos y fantasías de la clase media en México*. México: Aguilar, León y Cal.

Eleb-Vidal, M. et al. (1990). *Penser l'habiter, le logement en question*. Lieja: P. Mardaga (comp.) PAN.

Glass, R. (1964). *Aspects of Change*. Londres: MacGibbon & Kee.

INEGI (2003). *La evolución de los hogares unipersonales*. México.

Kunz, I. (2001). *El mercado inmobiliario habitacional de la Ciudad de México*. México: Plaza y Valdés.

Lefebvre, H. (1975). "Introducción al estudio del hábitat de pabellón", en Lefebvre, H. *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.

Jacobs, J. (1973). *Vida y muerte de las grandes ciudades*. Madrid: Península.

Mills, Charles Wright (1968). *Las clases medias en Norteamérica*. Madrid: Aguilar.

Pacione, M. (1990). *Urban problems, An Applied Urban Analysis*. Londres: Routledge.

Rossi, A. (1993). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.

Sabatini, F. et al. (2009). "Gentrificación sin expulsión, o la ciudad latinoamericana en una encrucijada histórica", en *Udp-Revista 180* (24), Santiago de Chile.

Shorter, E. (1977). *Naissance de la famille moderne*. París: Seuil.

Singly, F. de (1998). *Habitat et relations familiales*. París: Université Paris V (Sorbone), PAN.

Smith, N. (1979). "Toward a theory of gentrification: a back to the city movement by capital, not people", en *Journal of the American Planning Association*, 45.

Tamayo, S. (coord.) (2007). *Los desafíos del Bando 2; evaluación multidimensional de las políticas habitacionales en el DF, 2000-2006*, México: UACM-Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda-Instituto de Vivienda del DF.

¹⁰ En el Censo de 1990, los hogares unipersonales en México eran 794 481, 4.9% del total. En 2000, eran 1 403 179, 6.3% del total. En el DF 8.2%. En 2005, en el DF, hay 206 739 viviendas con un solo ocupante sobre un total de 2 215 451, esto es 9.33% (por 7.26% nacional) (INEGI, 2003).